

instantes *Vazares*  
escrituras nietzscheanas

invita a

# Máscaras Nietzscheanas: Perspectivas desde Latinoamérica



A 120 años de la muerte de Friedrich Nietzsche  
25 de agosto 1900-2020

Martes 25  
de agosto

18hs.  
Argentina

TRANSMISIÓN EN VIVO



INSTANTES Y AZARES

Argentina

Darío Sztajnszrajber  
Virginia Cano  
Juan Pablo Sabino  
Mónica B. Cragolini

Chile

Victor Luis Berrios Guajardo

Colombia

Andrés Padilla Ramírez

Brasil

Scarlett Marton  
Miguel Angel de Barrenechea  
Rosa Maria Dias

México

Paulina Rivero Weber

Perú

Kathia Hanza

Mariano Dorr y un adelanto de su libro *Nietzsche y la literatura*.



## MÁSCARAS NIETZSCHEANAS: PERSPECTIVAS DESDE LATINOAMÉRICA

**Resumen:** se presenta aquí el evento realizado en vivo por el canal de Youtube de *Instantes y azares* el 25 de agosto de 2020, en conmemoración de los 120 años de la muerte de Nietzsche. Nueve especialistas en Nietzsche (Rivero Weber, Sabino, Hanza, de Barrenechea, Dias, Padilla Ramírez, Marton, Berríos Guajardo, Cano, Cragnolini) hablaron en esa oportunidad de algunas de las máscaras nietzscheanas, Sztajnszrajber recreó el parágrafo 125 de *La ciencia jovial (La Gaya Scienza)* y Dorr leyó un adelanto de su libro *Nietzsche y la literatura*.

**Palabras clave:** máscaras/ Dionysos/ ultrahombre/ filósofo artista

**Abstract:** The event held live by *Instantes y azares* YouTube channel on August 25, 2020, in commemoration of 120 years of Nietzsche's death, is presented here. Nine specialists in Nietzsche (Rivero Weber, Sabino, Hanza, de Barrenechea, Dias, Padilla Ramírez, Marton, Berríos Guajardo, Cano, Cragnolini) spoke on that occasion about the Nietzschean masks, Sztajnszrajber recreated paragraph 125 of *The Gay Science* and Dorr read a preview of his book *Nietzsche y la literatura*.

**Keywords:** masks/ Dionysos/ artist philosopher/ ultra-man



## PRESENTACION

*Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas* realizó el 25 de agosto de 2020 un homenaje a Friedrich Nietzsche en conmemoración de los 120 años de su muerte.

En el *Ecce Homo*, Nietzsche señala: “El docto (*Gelehrte*), que en el fondo no hace ya otra cosa que ‘revolver’ libros... acaba por perder íntegra y totalmente la capacidad de pensar por sí mismo. Si no revuelve libros, no piensa. Responde a un estímulo (un pensamiento leído) cuando piensa, al final lo único que hace ya es reaccionar”<sup>1</sup>. Es por eso que el docto es reactivo, y por tanto, resentido, y no soporta el pensamiento del otro, y que el otro piense distinto al modo de filosofar que él ha canonizado. Ama la seguridad de su mundo académico bien constituido, y el lugar que él mismo considera que se merece. Por eso, y porque pensamos que todo autor al que nos dedicamos desde la filosofía es una voz que habla al presente, y no un conjunto de pensamientos al modo de momias conceptuales, es que consideramos que una buena forma de recordar a Nietzsche en este aniversario de su muerte, podía realizarse desde estas múltiples voces de pensadores latinoamericanos, que piensan a Nietzsche, y que pueden decirnos algo sobre sus múltiples máscaras. Sabiendo aquello que sabe el eremita, y que es que detrás de toda máscara hay otra máscara.

Por eso, intentamos decir algo de las diversas máscaras nietzscheanas con nuestros invitados latinoamericanos: de México, Paulina Rivero Weber, de Perú, Kathia Hanza, de Brasil, Scarlett Marton, Rosa Maria Dias y Miguel Angel de Barrenechea, de Colombia, Andrés Padilla Ramírez, de Chile, Victor Luis Berríos, y de Argentina, Darío Stranjzrajber, Virginia Cano y Juan Pablo Sabino. Y al final del evento, escuchamos un adelanto del próximo libro de Mariano Dorr, que además fue co-conductor del evento junto con María Teresa García Bravo.

Recordé en el homenaje anterior *Sobrevida(s)* dedicado a Derrida, a Horacio Potel, como gran difusor, a través de la web, del pensamiento derridiano, y es necesario volver a evocarle como gran difundidor, desde su página web *Nietzsche en castellano*, también del pensamiento del filósofo alemán. Algo que a algún docto seguramente le molestó en su momento, pidiendo que lo borrarán de la Wikipedia aludiendo a que su único mérito

---

1. F. Nietzsche, EH, “Warum Ich so klug bin”, § 8, KSA VI, 292-293.

había sido justamente el que el docto no soporta, la generosidad de poner a disposición de los demás su conocimiento.

Y un recuerdo muy especial para dos nietzscheanos de nuestro Comité Asesor, José Jara, de Chile, y Gregorio Kaminsky, que se fueron hace un par de años, y también para Jorge Dotti, que no era precisamente nietzscheano, pero que con su crítica y discusión en torno al nietzscheanismo siempre ha sido un motor y desafío para nuestro pensamiento.

*Mónica B. Cragnolini*

# MÁSCARA DE DIONYSOS 1

*Paulina Rivero Weber*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*  
*instantesyazares@gmail.com*

Para Nietzsche la máscara es una honda necesidad de todo espíritu profundo. Él considera que de hecho, en torno a todo espíritu profundo crecen continuamente máscaras, porque la interpretación de toda palabra, de todo paso, de toda señal de vida, es siempre limitada y parcial. Por eso solamente los individuos más espirituales comprenden que finalmente, todo es máscara.

Pero debemos preguntarnos: si todo es máscara, ¿todo es máscara de qué? Para Nietzsche todo es máscara del subsuelo caótico y fugaz de la existencia que Nietzsche personifica en Dionysos: toda máscara, esconde de una u otra manera, a Dionysos. Pero en ese “de una u otra manera” se juega todo: ¿de qué manera esconden ese transfondo de la vida las diversas máscaras? Porque hay máscaras que son un sutil velo, como el arte apolíneo de los primeros griegos, que ocultaron los horrores de la existencia tras la belleza. Y hay en cambio, máscaras que *asfixian*, como lo es para Nietzsche el cristianismo o el academicismo escolar.

Existen entonces máscaras nobles así como las hay vulgares y convencionales. Estas últimas no permiten el crecimiento, pues aferran al individuo a un fragmento de las infinitas posibilidades que le habitan: son máscaras que no procuran vida. En cambio, la sutil máscara dionisiaca surge del fondo de la vida en movimiento; conlleva la sabiduría de la naturaleza e irrumpe, quiéralo o no, en el rígido orden impuesto.

En la música, Dionysos es a la vez subsuelo oculto y la más originaria de todas las máscaras. Quien escucha esa música dionisiaca pega el oído al ventrículo izquierdo del corazón de la existencia. Esa música, primero fue la de Wagner cuando Nietzsche pensaba la tragedia y su origen griego. Pero al final de su camino encontró la música del sur, y comprendió el poder de la ligereza: la risa, la danza y el juego. Quizá Bizet y Albéniz, pero como ha escrito Luis Enrique de Santiago Guervós: nada es más ligero que Mozart: ligereza *no* es sinónimo de superficialidad.

Al afirmar la constante transformación de la máscara, Nietzsche salvó al individuo de una “personalidad acartonada”: encontró en cada persona el material para muchas personas, para muchas máscaras. Porque el “carácter” no es la “persona” ni la “personalidad”: ésta es sólo *una* de sus

muchas máscaras. El carácter no es una máscara petrificada; es una pluralidad de máscaras que se turnan en los momentos indicados.

Dionysos como máscara afirma el devenir y la constante creación de máscaras vitales: entre estas, no figura la de Sócrates ni la de la filosofía que pretende emular a la ciencia. Para Nietzsche la filosofía no debe acercarse a la ciencia, sino al arte: filosofar es pensar de manera metafórica, simbólica, mitológica, poética. Y para filosofar así, es necesario aceptar la incertidumbre, la ausencia de exactitud y el abismo como único piso y fundamento: que no construya su nido sobre un abismo quien no tenga alas para volar.

El reto que Nietzsche deja a la filosofía es llevar a cabo esa labor socrática de manera dionisiaca, y desde su primer libro deja esa sugerencia a través de la metáfora de un Sócrates musical, esto es, un sócrates dionisiaco. ¿Cómo debemos entender la sugerencia de una filosofía dionisiaca? Esta es la que lleva a cabo no solamente en esa primera gran obra, sino ante todo en *Así habló Zaratustra*, en donde el mito, la metáfora y el simbolismo toman las riendas para filosofar de manera musical en el sentido en que Nietzsche lo propone: de manera dionisiaca. Esa filosofía sería ante todo un pensamiento vitalizante, que permite la ligereza y la libertad tanto en la vida como en el pensamiento. Sería en pocas palabras, un pensamiento que surge de la vida y le habla a la vida, como lo hace Nietzsche en *Así habló Zaratustra* o Lou en su “Oración a la vida”. Concluyo esta breve participación conjuntando un par de renglones de cada una de esas dos obras:

En tus ojos me he mirado, oh vida, y en lo insondable me pareció hundirme, en tu abismo me pareció apoyarme para tocar la cumbre y en tu música me pareció extinguirme. En tus ojos me he mirado, oh vida, y en ese instante te he amado más que a toda mi sabiduría. ¡Quien tuviera siglos para existir, para pensarte!

Gracias a Mónica Cragolini, por habernos regalado el reto de decir en tan solo cinco minutos, lo que es difícil decir en una hora. Es un digno homenaje al hombre que dijo en un aforismo lo que muchos, no llegan a decir en un libro.

## MÁSCARA DE DIONYSOS 2

*Juan Pablo Sabino*  
*Universidad de Buenos Aires*  
*juanpablosabino@yahoo.com.ar*

Rememorar la muerte de Nietzsche. 120 repeticiones de un hecho completamente habitual, calculable, posible, necesario, esperable y falaz. ¿A quién le importa –o mejor quién quiere– recordar la muerte? ¿A quién puede importarle recordar la muerte de Nietzsche? ¿Acaso no fue él mismo quien nos exhortó a perderlo, a olvidarlo? ¿Acaso no fue él mismo quien nos invitó a no seguirlo, a no repetirlo, sino a hacer algo con sus escritos? Quizá no seguirlo, quizá no olvidarlo ni perderlo, implique obedecerlo; es decir, desobedecerlo y seguirlo eternamente a través de esos senderos inagotables e incalculables que dejó metaforizados en las diversas máscaras que hoy nos invitan a seguir recorriéndolo.

Les propongo ir tras las huellas de Dionysos. Es sabido que la divinidad griega está presente desde los primeros pasos de Nietzsche como escritor, vinculada particularmente con la música.

Dionysos fue la metáfora que retornó una y otra vez en la escritura, en el pensar y en la vida de Nietzsche. No fue Nietzsche quién lo evocó, fue Dionysos quien nunca dejó de retornar. En cada retornar despedazó a Nietzsche, despedazó su escritura y despedazó su pensar. Dionysos es la metáfora de la fragmentación, y por tanto, de la pluralidad y la diferencia. Dionysos es el dios griego que desde el inicio del pensamiento nietzscheano no permitió que se anquilose o se petrifique su pensar...

Dionysos es el que lo empujó a Nietzsche a danzar por encima del abismo, por encima del desierto...

Danzar deviene en una metáfora zaratustreana que permite evocar el pensamiento inacabado, fragmentado y siempre dando un paso más allá que lo sostuvo a Nietzsche en la errancia...

Errancia en la cual hoy perdura su figura en miles de voces e interpretaciones que él mismo supo destinar y él mismo en su escritura fragmentaria tensionó las fuerzas para que nunca pueda sistematizarse su pensar.

Danzar sobre las cenizas de su pensar. Danzar sobre sus cenizas. Danzar dionisiácamente por encima de sus textos, sus metáforas, sus huellas, sus trazos, sus fragmentos y tratar de hilar algún sentido. Desfachatamente no perderlo ni olvidarlo. 120 veces repetir «Nietzsche ha muerto».

La danza es una figura que sin duda evoca el tránsito. Transitar hacia un nuevo modo de ser que implicará crear configuraciones de fuerza originales realizadas en el *entre* que acontece en los cuerpos cuando lo *propio* y lo *en-común*, lo singular-plural se encuentran. Una tensión de fuerzas que atraviesa la corporalidad ya no pensada como un cuerpo sin orificios sino como apertura, una oreja, un modo singular de ser afectado por las fuerzas, un estilo de interpretación deviniente que permita superar la tradición que es inmanente a nuestro cuerpo.

Las hegemonizadas interpretaciones onto-metafísicas sobre los animales humanos suelen resolverse en el par binario: alma-cuerpo. La constitución del sí mismo se reduce a una lucha entre las partes por el dominio de la voluntad. Zaratustra nos exhorta a superar dicha interpretación. La noción de lucha no es hospitalaria con la concepción de la voluntad de poder, ya que no crea valores ni sentidos. La lucha no es una figura que permita expresar el carácter afirmativo de la voluntad de poder.

En las páginas del *Zaratustra* una y otra vez se evocan las figuras de la danza, el baile y la canción. Quizá estas metáforas sirvan para expresar mejor la relación entre fuerzas que acontece en los cuerpos. En la metáfora de la danza puede sostenerse como parte de su devenir el momento de la fricción, del conflicto y de la lucha, pero no se reduce a ello. Los momentos de armonía no implican la destrucción del otro, pero tampoco niegan la posibilidad del *pólemos*. En la danza hay momentos para la guerra y momentos de paz; surge la armonía, pero también acontece el caos. Interpretar la relación de fuerzas bajo la metáfora de la danza habilita el juego, el azar y la necesidad, relaciones de dominio y de seducción. Todo fluye entre un compás y otro, entre un paso y un salto, con lentitud y con celeridad. La danza se despliega con toda su fuerza plástica permitiendo una interpretación estética de la lucha que se establece entre las fuerzas, la danza abre, despliega, juega, es dinámica y es jovial, también puede ser triste, emblemática o trágica, tiene la potencialidad de transformar el sufrimiento en alegría. La danza tiene ritmo, estilo y pausa. En el *Zaratustra* aparecen dos bailes en los que *el profeta* canta y baila con la *Vida* misma. En el segundo canto —aún más que en el primero— puede notarse cómo se establece un juego, una danza de acercamiento, de alejamiento, de amor y de odio, de adulación y de burla, de huida, también de encuentro. *Zaratustra* ha alcanzado una sabiduría que en el primer canto era asociada directamente con la vida; en cambio, en el segundo canto la vida no aparta su amor a *Zaratustra* mientras él no se aparte de la sabiduría. *Zaratustra* aprendió a tenerse en pie y a caminar y a correr y a saltar y a trepar y a bailar por encima de todas las cosas... su alfa y su omega es que todo lo pesado se vuelva ligero, todo cuerpo, bailarín, todo espíritu, pájaro.

-y así es como habla la sabiduría de pájaro: «¡Mira, no hay ni arriba ni abajo! ¡Lánzate de acá para allá, hacia adelante, hacia atrás, tú ligero! ¡Canta!, ¡no sigas hablando!»<sup>1</sup>

Por ello, *Zaratustra* le reprocha a los hombres superiores que no hayan aprendido a bailar por encima de sí mismos. Al hombre se le exige «danzar» por encima de él mismo, dice *Zaratustra*. En la danza lo que se expresa es el poder afirmativo que necesita un espíritu libre –el león, y más, el *Ultra-hombre*. En la danza se pone en juego la fuerza plástica libre y creadora que es Dionysos. En la danza no hay sentido establecido previamente, la única finalidad es danzar. El placer hacer del baile, el cuerpo librado a la música y al canto para que su fuerza lo atravesara y lo lleve, lo guíe libremente encontrando eternidad en ese sucesivo instante que deviene –y se desea que siempre continuamente siga deviniendo, una y otra vez, cada vez. La danza puede ser considerada como una metáfora privilegiada para representar simbólicamente el tránsito entre el ser y el estar, entre el estar y el ser. Las fuerzas se aglomeran de una forma y de otra, unas con unas y otras con otras y vuelven a seducirse y a jugar y a establecer nuevas aglomeraciones y las mismas nuevamente, todo es juego. Eternamente el mismo juego que en su repetición inserta la diferencia. Fragmenta el texto del mundo.

---

1. *Za*, *KSA IV*, 291.



## MÁSCARA DE DIONYSOS 3

*Kathia Hanza*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*  
*khanza@pucp.edu.pe*

Muchas gracias a Mónica y a todo el equipo de *Instantes y Azares* por esta invitación. Me alegro mucho de poder reunirme con ustedes en esta conmemoración, a 120 años de la muerte de Nietzsche.

Desde que recibí la invitación de Mónica he estado preguntándome qué les podría decir sobre lo que Nietzsche nos da a pensar con Dionysos. Y también, claro, de lo que nos da a pensar en estas circunstancias, en las que, por la terrible pandemia, nos reunimos virtualmente.

Un par de ideas me parecen esenciales.

¿Por qué Dionysos en particular es tan importante para Nietzsche? Dionysos expresa siempre una doble faz. Por un lado, es la divinidad de “la mirada turbia y, por otro lado, el de la sonrisa perturbadora”<sup>1</sup>.

La mirada de Dionysos está turbada por el vino y por la embriaguez. No obstante, su sonrisa resulta perturbadora porque une el más grande placer con el mayor sufrimiento. No hay forma de ocultar que Dionysos es un depredador; los griegos lo llaman “el descuartizador de hombres”, “el que come carne cruda”, “el que encuentra placer en (...) la sangre vertida”<sup>2</sup>. Pero este dios, que se apodera de todos, es cruel y violento solo con quienes se le resisten. Por eso, es un depredador ambiguo: descarga su ferocidad en quienes no le reconocen. Castiga con la locura, con el desmembramiento más salvaje, y redime con el pie, con el baile, con la potencia que pone en movimiento todo el cuerpo<sup>3</sup>. Bailar es, por decirlo así, una forma de locura, de embriaguez.

Ahora, la segunda idea de por qué Dionysos es tan importante para Nietzsche concierne a una cuestión estética y se desprende de algunos de

---

1. Cfr. W. F. Otto, *Dionisio. Mito y culto*. Madrid, Siruela, 2006, p. 63. También se le llama dios “nómada”, que se presenta en la máscara del extranjero (*xénos*). Cf. M. Detienne, *Dionysos. Göttliche Wildheit [Dionysos à cel ouvert]*, Frankfurt a. M., Campus, 1992, p. 6 y 14, respectivamente.

2. Cfr. Otto, *op. cit.*, p. 85.

3. Cfr. M. Detienne, *op. cit.*, p. 54. Este autor presta mucha atención a las metamorfosis de Dionysos en imágenes plásticas como el saltar y chorrear (p. 60), la erupción “volcánica” del vino (p. 63), el mecer de las nodrizas (p. 65) y la violencia de un volcán que libera su fuerza (p. 72).

sus atributos: el cómo de su mirada y de su aparición: con máscara, claro está, pero también como bailarín.

La mirada de Dionysos es distinta a la de Apolo. La serenidad apolínea se perturba con la estridencia dionisiaca. El músico, el lírico, el bailarín que Dionysos es quiebra el ritmo pausado, recitado de la épica, propio de Apolo. Ahora bien, Apolo y Dionysos como divinidades configuradoras de las manifestaciones artísticas tienen una cosa en común: la “embriaguez”. Embriaguez porque, para Nietzsche, el arte es un sentimiento de plenitud e intensificación tales que —cito— se “[*tiene*]-que transformar las cosas en algo perfecto”<sup>4</sup>.

Quizá se sientan un poco defraudados porque ponga énfasis en una cuestión estética. Pero creo que con ello llego al núcleo de lo que Nietzsche da a pensar con relación a Dionysos. Vida y muerte están unidos —lo sabemos agudamente en estos momentos tan críticos que ahora vivimos—, y está en nosotros comprenderlo porque cuanto más la muerte nos rodee, tanto más necesario será hacer de la vida, de esta nuestra vida, lo mejor. Al modo de tener que transformar las cosas en algo perfecto, pese o —podría uno decir, precisamente— por el sufrimiento.

---

4. F. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, traducción de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1975, p. 9.

# LA MASCARA DEL FILOSOFO ARTISTA 1

Miguel Angel de Barrenechea  
UNIRIO – Brasil  
miguelangelb@ig.com.br

Buenas noches a todas, a todos. Aprovecho para agradecer especialmente a la querida colega y amiga Mónica Cragolini, organizadora del Evento y a los integrantes de *Instantes y Azares* por realizar un trabajo tan primoroso. Es una honra participar con Rosa, Scarlett y otros teóricos importantes de América Latina. Muchas gracias.

Hablaré un poco de Nietzsche y de la máscara del artista [Aunque después de la exhibición de *Días de Nietzsche en Turín* parece que no sería preciso decir más nada]. Partiré de lo personal. De ese vínculo dicotómico, bifronte con el arte y la filosofía, con Brasil y Argentina. Y particularmente hablaré de cómo convivieron en mí las máscaras del actor y del filósofo.

Disculpen: a veces voy a hablar en español; otras en portugués; a veces mezclaré ambos.<sup>1</sup>

Máscaras que esgrimi desde muy joven y me han acompañado hasta ahora. En Nietzsche encontré estímulos para ese caminar bifronte, enmascarado, principalmente intenso y alegre, que me permitió celebrar todas las instancias vitales. Soy profesor de filosofía. Aquí en Brasil; fui también profesor en Argentina. Soy de Río y de La Plata. Actor y pensador.

Recuerdo mis comienzos. Tenía 15 años. En la biblioteca de mi casa paterna encontré tres libros que me marcaron. *Hombres y engranajes* de Ernesto Sábato, que me impactó al hablar del hombre contemporáneo, masificado, objetivado, dominado por ideologías. *La náusea* de Sartre fue terrible. Fue terrible a los 15 años leer sobre la existencia de un mundo absurdo, sin sentido, sin significado.

Otra cosa fue leer el *Zaratustra*. Fue un libro curioso, del que no entendía casi nada en esa época. Me divertía, me parecía una comedia, una obra de teatro. Me causó mucha gracia la escena del enano, cuando se le sube a los hombros de Zaratustra y él intenta desesperadamente tirar ese peso tan pesado. Frases como “fidelidad a la tierra”, “muerte de Dios”, “cuerpo como

---

1. En la versión oral de la presentación, me permití hablar libremente y eventualmente mezclar las dos lenguas. En esta versión para publicación suprimí esa duplicidad del discurso oral y el texto es presentado solo en español.

gran razón”, “superación del hombre”...yo no entendía, pero me instigaban, me afectaban...

Otra escena impactante –y cómica– fue la prédica de Zarathustra en la plaza del mercado, al anunciar la venida del ultra humano, de aquel que podría transvalorar valores y superar la propia condición del hombre de su tiempo...Y él hablaba también del último hombre: mediocre, mezquino, de pequeñas tareas que le permitiesen garantizar la buena noche, el buen dormir... Siempre recuerdo que los hombres de la plaza del mercado dijeron: “¡Quédate con el ultra hombre! ¡Nosotros queremos el último hombre!” Esa frase siempre resonó en mí, siempre me impactó: “¡Nosotros queremos el último hombre!”.

Seis años después, en la Universidad Nacional de La Plata, en las aulas de Estética de Emilio Estiú, él nos hablaba de *El nacimiento de la tragedia*. Cuando mencionaba a Apolo la Facultad se iluminaba, todo se encendía, se tornaba forma, equilibrio, armonía. Cuando hablaba de Dionysos era como si una turba, como si una horda de embriagados nos tomase, en una orgía de música, de alcohol... Finalmente, Emilio concluía describiendo la tragedia, como síntesis apolíneo-dionsíaca, donde el metro y la desmedida, el vino y la claridad se encontraban.

Ahora doy un salto en la narrativa. Voy a los años de 1980, cuando yo era ayudante de Estiú en Estética. Vivía una situación dual. A la mañana trabajaba en la Universidad y estudiaba Filosofía. A la noche tomaba el antiguo ómnibus Rio de la Plata e iba a la Capital Federal al estudio de teatro de Lito Cruz y Carlos Moreno, actores y directores también platenses. Fueron años de idas e venidas. De mañana: Filosofía, a la noche: teatro.

Hubo dos hechos, que relato muy brevemente, que me llevaron a armonizar las dos facetas, del actor y del filósofo. Al finalizar un viaje, volviendo de un evento memorable, como *Rock in Rio*, en 1985, de música, pasiones y grandes vivencias... cuando retornaba, en Uruguayana, en un pequeño kiosco, en un puesto de frontera, con mis últimas monedas vi curiosamente en el kiosco de revistas un libro, *Nietzsche e a verdade* de Roberto Machado. Eso me impactó mucho: Nietzsche el iconoclasta, que destruye todas las verdades, hablando justamente de verdad. Era curioso.

Ahora presentaré un segundo hecho, que solo enuncio, porque es algo extenso para contar, pero alguna vez voy a comentarlo más profundamente. Al retornar a La Plata, en ese viaje, me encuentro con Sergio Martínez, que actuaba como presentador del Grupo de Rock “Patricio Rey y los Redonditos de Ricota”. El conjunto después se tornó famoso, dejó de llamarse así, y pasó a llamarse apenas “Los Redondos”. Yo actué ese día. Fue memorable y el personaje que hice determinó mi ida a Brasil a hacer la maestría en Filosofía.

En 1987 me radiqué en Brasil, hice la maestría y el doctorado. Escribí, como comentó Mónica Cragolini, sobre *Nietzsche e o corpo*; *Nietzsche e a liberdade* y *Nietzsche e a alegria do trágico*. Nietzsche siempre me acompañó. Animó mis lecturas, sentimientos y pensamientos. Su filosofía trágica me permitió encarar hasta las más terribles circunstancias de la existencia. Permitted conjugar arte y filosofía; permitió que intentase hacer de la vida una obra de arte... intentar construir cada momento que pasa; habitar lo que acontece sin promesas para mañana.

La teoría del eterno retorno, que tantas dificultades me ocasionó para entenderla... de repente abrió mis actos, fluidificó mi realidad. Y como dijo Deleuze, en su análisis de Nietzsche, “hacer de cada acto una obra de arte, querer la eternidad de cada acto”. “Basta de medios querer”. Así como el niño de Zarathustra: estar pleno en cada acción, ser una rueda que gira por sí misma. Inocencia y olvido. “Un sí sagrado”.

Concluyo estos recuerdos afirmando que con Nietzsche y su filosofía conseguí juntar el actor y el filósofo...Brasil y Argentina. El actor – en sala de aula, en conferencias, eventos – y el teórico en escritos, en libros etc. Actuar, pensar. Brasil y Argentina. Ha sido una bella experiencia. Y los fragmentos, las máscaras que me constituyen no se tornaron identidad o rostro fijo, como si pudiese ser definido como actor argentino-brasileño o docente platense-carioca..., sino que permanecí en la tensión de mis *diversos*, que están, desaparecen y retornan, se enmascaran en este devenir vital.

Finalmente, quería pedir a todos, colegas latino-americanos, que nos ayuden..., ¡que no se olviden de Brasil! En este momento mueren más de mil personas por día, hay más de cien mil muertos. El arte y la cultura están siendo restringidos. El arte, la filosofía, todas las manifestaciones culturales están restringidas. Atestiguemos juntos. Luchemos juntos, por el arte, por la filosofía, por la cultura. Defendamos la vida. Luchemos contra la muerte.



## MASCARA DEL FILOSOFO ARTISTA 2

Rosa Maria Dias  
UNIRIO (Brasil)  
r.maria.dias@gmail.com

Comienzo con preguntas: ¿Nietzsche siempre usó la máscara de Dionysos tal como se presenta en *El nacimiento de la tragedia*? El Dionysos que aparece en su fisiología del arte: ¿es el mismo Dionysos que entra en escena para configurar la tragedia griega? Y aquel que está contrapuesto al Crucificado en sus últimas cartas: ¿es también el mismo Dionysos?

En *El nacimiento de la tragedia* Nietzsche tuvo el cuidado de distinguir al Dionysos bárbaro del Dionysos griego. Mientras que en los bárbaros asumió el aspecto de una sensualidad desenfadada y una crueldad ritual exagerada, en los griegos este Dionysos salvaje se vuelve espiritual y se convierte en el genio del arte. Apolo impuso los lazos de la belleza al poderoso dios y le quitó las armas mortales de sus manos, enseñándole la medida y la noción de límite.

Arte y vida son pensadas en *El nacimiento de la tragedia* principalmente en la perspectiva de la tragedia griega, a partir de los “impulsos artísticos de la naturaleza”: lo apolíneo y lo dionisiaco.

Nietzsche encontró, junto a la serenidad apolínea, y en oposición a ella, la dionisiaca, que apuntaba a una realidad más fundamental, del dolor y del exceso, revelando la parte oscura y absurda de la existencia.

Cada uno de estos impulsos se manifiesta en la vida humana a través de estados fisiológicos, el sueño (apolíneo) y la embriaguez (dionisiaco). Estas son las condiciones necesarias para que se produzca arte.

El sueño es la fuerza artística que se proyecta en imágenes y produce el escenario de formas y figuras. La embriaguez, en cambio, es el estado desmesurado, que rasga el velo de la ilusión para dejar aparecer una realidad más fundamental: la unión del hombre con la naturaleza.

Bajo el mundo de la belleza está el espacio de Dionysos, el nombre griego del éxtasis. Dios de la fertilidad de la tierra, de la noche que crea el sonido, dios de la música. Nacido del hambre y del dolor, perseguido y destrozado por dioses hostiles, renace cada primavera, y allí crea y esparce alegría.

Ese Dionysos presentado en *El nacimiento de la tragedia*, es una divinidad que forma parte de la metafísica de artista de Nietzsche. En sus obras de madurez, Dionysos ya no es más una divinidad metafísica, sino de la voluntad de poder que quiere decir vida.

En los textos que Nietzsche dedica a la exposición de su “fisiología del arte”, el estado de embriaguez adquiere otros significados que no tenía en *El nacimiento de la tragedia*.. Sigue siendo vista como una condición fisiológica indispensable para todo arte, pero la embriaguez no es solo una disposición característica de la música, también lo es de las artes visuales. Tanto lo apolíneo como lo dionisiaco son considerados como tipos de embriaguez. La embriaguez apolínea mantiene el ojo excitado, de modo que el pintor adquiere el poder de la visión. La embriaguez dionisiaca, en cambio, intensifica el sistema emocional del artista para que descargue todos sus medios de expresión a la vez, en la fuerza de la puesta en escena, la imitación, la transfiguración, en todo tipo de mimetismo y representación.

Esa es la idea fundamental de la fisiología del arte, para que exista acción creativa y una “mirada estética”, se necesita la embriaguez de la vida exuberante, que incorpora todo lo que encuentra para imprimir su forma, ya que quiere ver en las cosas su plenitud y su placer de vivir.

En el *Crepúsculo de los ídolos*, Nietzsche dice no conocer simbolismo más elevado que el simbolismo griego, representado por Dionysos. El más profundo instinto de vida, el que está dirigido al futuro de la vida. También dice ser el último discípulo del filósofo Dionysos y maestro del eterno retorno.

En sus cartas, ya al final de su vida productiva, cuando firma “Dionysos versus el Crucificado”, lo que está en agenda es el hecho de que está atravesado por todos los nombres de la historia y, en el círculo del retorno, el haber sido, él mismo, Dionysos en Grecia.

## MASCARA DEL FILOSOFO ARTISTA 3

Leonardo Padilla Ramírez  
Universidad de Buenos Aires (doctorando)  
andrespadillaramirez@gmail.com

EN EL TERCER CAMBIO DE PIEL

*Ya se me parte y muda la piel  
después de digerir tanta tierra,  
con nuevo impulso, de tierra ya está ávida  
la serpiente en mí.  
Ya me arrastro entre la piedra y la hierba  
hambriento sobre torcidas huellas,  
para comer lo que siempre he comido,  
¡tú, tierra, tú, alimento de serpientes!*

F. Nietzsche, *La ciencia jovial*

Púa: piel endurecida. *Sklero-dermos*: sedimentación de queratina que acaba en defensiva y repulsiva punta aguda. *Púa*: variante latina de *pugio*: puño, también próxima al puñal. *Mantenga su distancia*, dicta, pues, el imperativo. Rigidez, endurecimiento, defensa extrema. Perspectivas hechas *púa*: vidas escleróticas, esclerotizantes, esclerotizadas.

*Vivir como erizos*: aversión histérica al contacto, a lo que rompe el soliloquio, el incesante reconocimiento especular de algún yo que quiere perpetuarse siempre como idéntico a sí mismo. Rechazo repelente a la llegada incómoda, siempre incómoda, de algunx otrx. Quizás también hostilidad radical al arribo y a los golpes en puerta del más turbador visitante: “El nihilismo está a las puertas: ¿de dónde nos llega éste, el más inquietante y siniestro de todos los huéspedes?”<sup>1</sup>. Nihilismo: los valores se desvalorizan, hace falta algún fin, se vive en la zozobra, sin respuesta a cualquier ‘para qué’.

---

1. Todas las obras de Friedrich Nietzsche serán citadas de ahora en adelante por su edición crítica digital *Digital Kritische Gesamtausgabe Werke und Briefe* (eKGWB) y su correspondiente traducción al español. F. Nietzsche, *NF 1885 2*[127]. [http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF 1885,2\[127\]](http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF_1885_2[127]), *Fragments Póstumos IV. 1885-1889* trad. J.L. Vermal y J. Llinares, Madrid, Tecnos, 2008, p. 114

Despliegue, pues, de púas que anhelan resguardar lo que se es, quién se es, lo que se valora y cómo ha de hacerse cada hacer, cada vivir: quién nunca se deseará ser. Estar dispuesto a arrasar a quien difiere. La experiencia marcada con sangre en la piel de todx extranjero: avasallar su incesante peligrosidad. Púas-identidades que –como verdades asumidas fundamentales– una vez creadas (y olvidadas de su creación) resultan sedimentarse en identificaciones y replegamientos inmunitarios que repelen y rechazan todx aquel que se aproxima a poner en cuestión su árquico principio de autoridad (resuena la *bota marcial*, los modos para-militares y el deseo fascista: sí, también hay deseo fascista). Jerarquías ontológico-axiológicas-vitales que se anhelan perennes para sostener y conservar los edificios metafísicos, los férreos regímenes, las correctoras ortopedias (*orto-paideias*: correctas pedagogías y con-formaciones, modelos e ideales normativo-normalizantes). (Est)éticas y políticas corporales-vitales en una determinación fija y asegurada de lo propiamente (no) humano: cuerpos sujetados, ajustados, ajusticiados a un invariable fundamento-norma-patrón.

También púas, como las de los erizos schopenhauerianos, que calculan –como en las verdades mensurables del mercado– cuánto del otrx es deseable permitir en cercanía: asimilaciones, apropiaciones culturales, acuerdos desactivadores de la inquietud: permitir-exigir que en su proximidad se desarme lo que amenaza. Voces irritantemente tan actuales como emprendedoras: “las experiencias me/nos enriquecen; capitalicemos toda vivencia; pongamos en el mercado nuestras ‘verdades’, nuestros modos de vida; privatizamos-despoliticemos las crisis, depresiones y sus terapias-sanaciones: lo personal es político reducido y anulado en lo político es lo individual. Finalmente –aseveran– quien es pobre lo es porque quiere. Arribo e invocación de alguna intencionalidad mágica”.

El espíritu libre es la figura del martillo que rompe una y otra vez con las sedimentaciones exacerbadas, con las formaciones naturalizadas, con la púa rechazadora, *masacradora* de todo aquello que no se subyugue a su monótono *ethos*, a su eficacia normalizante de autoridad suprahistórica<sup>2</sup>. Hacia la violencia intrínseca del monótono-teísmo, en su afán de perpetuar un *statu-quo*, es hacia quien se dirige la guerra sin pólvora, sin humo, sin actitudes bélicas ni miembros dislocados del martillo nietzscheano del espíritu libre. El león rugiente que se enfrenta ante los imperativos impersonales inscritos en las *squamas* (escamas, costras, también mallas de coraza militar que brillan áureamente) del dragón<sup>3</sup>.

---

2. V. Cano, “Nietzsche, un pensador de la resistencia”, en M. Cragolini (comp.). *Entre Nietzsche y Derrida*, Buenos Aires, La Cebra, 2013, p. 180.

3. F. Nietzsche, *Za*, “Von den drei Verwandlungen”, <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-I-Verwandlungen>, *Así habló Zaratustra*, trad. A.Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2001, p. 54.

El peligro del espíritu libre: romper incesante contra toda púa (en tanto piel exacerbadamente sedimentada, esclerotizada) y desollarse anárquicamente en la errancia absoluta: “si la liebre tiene siete *pieles*, el hombre puede arrancarse la suya siete veces setenta veces, sin poder por ello decir aún: «éste eres tú verdaderamente, ya no se trata de un mero *envoltorio*». Cuán fácil es causarse así heridas al hacer lo que ningún médico puede curar”<sup>4</sup>. El espíritu libre rompe a martillazos con toda verdad que se pretendía suprahistórica, con toda autoridad ante la cual solo cabe obedecer (“ninguna autoridad ha consentido ser objeto de crítica”<sup>5</sup>) y sus determinaciones sempiternas del Bien y del Mal. El espíritu libre martilla, cava, perfora, mina. Pero corre el riesgo de hacerse desgarrada sombra que se aflige y llora desconsolada: “Soy tu sombra, Zarathustra (...) Un caminante soy que ha andado ya mucho: siempre en camino, pero sin un meta, también sin un hogar. ¿Tengo que continuar caminando siempre? ¿Agitado, errante, arrasrado lejos por todos los vientos? Contigo he andado errante por los mundos más lejanos, he aspirado a todo lo prohibido, he quebrantado aquello que en otro tiempo mi corazón veneró, perdí la fe en palabras y valores y en grandes nombres. Ahora nada me importa ya. Eterno estar en todas partes, eterno estar en ningún sitio, oh eterno – en vano”<sup>6</sup>.

El peligro de todo espíritu libre: devenir mariposa cansada, caer prisionero de una fe más estrecha, de una ilusión dura, rigurosa: incluso la de la misma errancia y defundamentación. El espacio vacío dejado por el Dios muerto es llenado por una sombra de Dios más: la errancia absoluta que por su incesante desollar ya no puede arriesgar cartografías existenciales. Vidas sin dermis.

Se hace preciso, pues, la emergencia de la risa infantil, del volatinero que danza en la cuerda suspendida (y que claramente puede perder la vida en su crear): arribo del filósofo artista, creador de máscaras y sentidos arriesgados siempre al borde del abismo. La máscara que no resulta ser púa ni el desollamiento anárquico del errar absoluto. Las máscaras nietzscheanas están hechas de piel, claro, se incorporan, se hacen cuerpo y carne, recubren, protegen y dan forma a diversos modos de vida, pero no pueden ser nunca ni rostros fundamentales (por fin descubiertos) ni caretas de apropiación cultural y extractivismo de formas vitales adquiridas y calculadas mercantilmente entre las moscas del mercado (“lleno de bufones solemnes

---

4. F. Nietzsche, *Schopenhauer als Erzieher*. <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/SE-1>, *Schopenhauer como educador*, trad. G. Cano, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 32.

5. F. Nietzsche, *Morgenröthe*. <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/M-Vorrede-3>, *Aurora*, trad. G. Cano, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 59.

6. F. Nietzsche, Za, “Der Schatten”, <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-IV-Schatten>, *Así habló Zarathustra*, trad.cit., p. 372.

está el mercado (...) quieren la cercanía de tu piel y de tu sangre”<sup>7</sup>). Las máscaras creadas –creación es lo que puede le filósofo artista y no el espíritu libre del martillo– siempre son pieles que están arrojadas y arriesgadas al desgaste, al tránsito que las agrieta, a que otra piel vaya creciendo bajo y expulse a la anterior en espera de que en algún momento, a su vez, sea expulsada. “El rechazar, el no-dejar-acercarse a las cosas, es un gasto, una fuerza *derrochada* en finalidades negativas. Simplemente por la continua necesidad de defenderse puede uno llegar a volverse tan débil que ya no puede defenderse (...) ¿No tendría yo que convertirme en un *erizo*? –Pero tener púas es una dilapidación, incluso un lujo doble, cuando somos dueños de no tener púas, sino manos *abiertas*”<sup>8</sup>.

Desmarquemos de una vez por todas a Nietzsche de los ámbitos de autayuda o sanación: no hay un yo a quién salvaguardar, no hay un sujeto esencial que proteger o sanar. Los terremotos por perder la piel o la casa son condiciones de posibilidad de otras casas y pieles que también se partirán y mudarán. Nos inventamos nuevas máscaras, creamos nuevas perspectivas de vida, pero nunca inmunes a su futura desestructuración: también creamos nuestros dolores futuros, nuestros duelos siempre por-venir de categorías, valoraciones, de nuestras cartografías vitales. Una filosofía de filósofo artista no se convierte nunca en refugio seguro e inmune a las embestidas del mar. Una voluntad exclusiva de salud es tan decadente como para-militar. La enfermedad es condición de posibilidad de la salud, y no porque sea obturada por esta última, sino porque salud y enfermedad, para Nietzsche, no son nada esencialmente diferente, son dos tipos de existencia que se diferencian únicamente en grado. No capitalizamos los temblores de tierra, las crisis, los terremotos. Todo es susceptible de ser capitalizado, hasta los espacios que se enuncian más radicales. Fuga continua nietzscheana de la tonalidad afectiva que mercantiliza y captura. Duelo de pérdida y vuelta a la carpintería habitacional.

Lxs filósofos artistas nietzscheanos aman el mar, arrojarse y navegar en él (“Todo está en el mar”<sup>9</sup>), pero no son ni Odiseos sistematizadores<sup>10</sup> ni apropiadores-colonizadores Robinson Crusoe<sup>11</sup>. El riesgo siempre abierto de

7. F. Nietzsche, *Za*, “Von den Fliegen des Marktes”, <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-I-Fliegen>, *Así habló Zarathustra*, trad.cit., p. 92.

8. F. Nietzsche, *EH*, <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/EH-Klug-8>, *Ecce Homo*. Traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 2005, p. 56.

9. F. Nietzsche, *Za*, “Von alten und neuen Tafeln”, <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-III-Tafeln-28>, *Así habló Zarathustra*, “De tablas viejas y nuevas”, trad.cit., p. 299.

10. A. Padilla, “De talasofobias y talasophilias. Odiseo y el corpus nietzscheano: de diversas relaciones con la casa y el mar”, *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas* (17-18) 2016.

11. Cfr. M. Cragolini, “La ‘robinsonada hiperbólica’: el lugar del animal para la subjetividad moderna”, en: *Extraños animales. Filosofía y animalidad en el pensar contemporáneo*,

la zozobra nihilista y el naufragar es también su peligroso quizás, riesgo que les arroja a no ser ni erizos de mar, ni erizos de tierra: enrollamientos y replegamientos habitacionales en bolas de púas ante cualquier amenaza. Las nietzscheanas manos abiertas ofrecidas, las casas siempre arrojadas a su inundación:

*EN EL MAR.* Yo no me construiría ninguna casa (y forma parte de mi felicidad el no ser propietario de una casa!). Pero si tuviera que hacerlo (...) la construiría adentrándose en el mar –quisiera tener algunos secretos en común con este hermoso monstruo<sup>12</sup>.

---

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016.

12. F. Nietzsche, *FW*, “Am Meere”, <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/FW-240>, *La ciencia jovial*, trad. J. Jara, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, p. 150.



# MASCARA DEL ULTRAHOMBRE 1

Scarlett Marton  
Universidad de San Pablo, Brasil  
smarton@usp.br

Es en *Así habló Zaratustra* donde Nietzsche introduce la noción del ultrahombre. El libro comienza con el anuncio de la transformación que Zaratustra acaba de sufrir. Durante una decena de años ha vivido en la soledad de su caverna y de su montaña; “pero al fin su corazón se transformó”. Anunciado en las primeras líneas del prólogo y reiterado en la sección siguiente, la transformación de Zaratustra finalmente se hace clara. Su causa radica en el conocimiento de la muerte de Dios. El dualismo de los mundos, que constituye un rasgo esencial de nuestra cultura, ha sido inventado por el pensamiento metafísico y por la religión cristiana. Devaluando este mundo en nombre de otro mundo, que sería esencial, inmutable y eterno, la cultura socrático-judeo-cristiana se convierte en nihilista. Es por tanto la muerte de Dios la que hará posible a Zaratustra hacer la travesía del nihilismo. Si los valores han encontrado siempre su legitimidad en el mundo suprasensible, se trata ahora de eliminar el terreno a partir del cual han sido engendrados, con objeto de crear otros valores. “Humanos, demasiado humanos”, los valores establecidos han surgido en un momento dado en un lugar determinado. Y no importa ni en qué momento ni en qué lugar nuevos valores podrán ser creados. Es la muerte de Dios lo que permitirá a Nietzsche abordar el proyecto de transvaloración de todos los valores.

Después de haber estado hastiado de su sabiduría, Zaratustra debe descender hacia el valle para frecuentar de nuevo a los hombres. Habiendo evocado en su bajada la muerte de Dios, llega entonces a la ciudad; se dirige al pueblo reunido en la plaza del mercado diciéndole: “*Yo os enseño el ultrahombre. El hombre es algo que debe ser superado*”. En estas circunstancias, él exhorta a sus oyentes a permanecer fieles a la Tierra. Si antes el más grande delito era el cometido contra Dios, ahora es un sacrilegio aún más grande cometer un delito contra la Tierra; si en el pasado el alma despreciaba al cuerpo, ahora es el cuerpo el que deja claro la miseria del alma; si antes era el hombre, concebido como una criatura en relación con el Creador, quien daba un sentido a lo que lo rodeaba, ahora no es más que un puente hacia el ultrahombre.

En varios pasajes de *Así habló Zaratustra*, Nietzsche se centrará en aclarar cómo concibe esta noción. El ultrahombre se sitúa más allá de viejas dicotomías del pensamiento metafísico. No se identifica con el sujeto,

concebido como un sustrato que produce efectos, realiza actividades y posee unas propiedades; no se confunde tampoco con el yo, entendido como una totalidad independiente, completa, idéntica a sí misma, permanente y unitaria. El ultrahombre no se hallará entre los individuos superfluos, demasiado numerosos; no vendrá a promover un cambio político. Estrechamente vinculada al proyecto de transvaloración de los valores, la noción de ultrahombre indica la necesidad de una completa inversión de la cultura occidental.

Instando al pueblo reunido en la plaza del mercado a permanecer fiel a la Tierra, Zaratustra viene a indicar que al contrario de los que preconizan el pensamiento metafísico y la religión cristiana, no es el mundo trascendente el que debe ser tomado como sede de los valores. Considerando la transvaloración de todos los valores como una empresa al mismo tiempo destructora y creadora, la asocia directamente a una concepción diferente de la humanidad. Hasta ahora, es el hombre, concebido como una criatura en relación al Creador, el que ha valorado y establecido, como fruto de su valoración, unos valores que han desvalorizado la Tierra, despreciado la vida y despreciado el cuerpo. Así pues, es necesario combatir estos valores con el fin de hacer surgir otros. Como criatura y creador de sí mismo, el ultrahombre apreciará los valores que estarán en consonancia con la Tierra, con la vida, con el cuerpo.

Zaratustra, máscara de Nietzsche, aparece como el anunciador del ultrahombre. Él mismo se presenta de esa manera: “Yo amo a todos aquellos que son como gotas pesadas que caen una a una de la oscura nube suspendida sobre el hombre: ellos anuncian que el rayo viene, y perecen como anunciadores. Mirad, yo soy el anunciador del rayo y una pesada gota que cae de la nube: mas ese rayo se llama *ultrahombre*”.

## MASCARA DEL ULTRAHOMBRE 2

*Victor Berríos Guajardo*

*Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Chile.*

*victor.berrios@umce.cl*

La filosofía de Nietzsche es el juego de la multiplicidad y pluralidad de máscaras. Máscaras que dejan “fuera de juego” la ficción de la profundidad, de la unidad, de la interioridad. Máscaras que representan la superficie, la piel y el cuerpo. Así, Dionysos es la diversidad de máscaras, el filósofo artista el pensador en la pluralidad de las máscaras y el ultrahombre (*Übermensch*) es la máscara de la multiplicidad. Una multiplicidad que recibe y concentra todas las intuiciones del pensamiento de Nietzsche. Es la expresión filosófica de la plasticidad de su pensamiento. Es la máscara más compleja y filosófica. No puede comprenderse la máscara ultrahombre sin el acontecimiento de la muerte de dios ni del nihilismo, como tampoco del saber abismal del eterno retorno y de la voluntad de poder. Por eso, es la máscara de lo múltiple.

Esta máscara es el mensaje dado al hombre sobre el hombre: “debes desaparecer”. Pero esa desaparición no es su muerte definitiva, sino su transformación. Transformación de sí, individual, colectiva y cultural. Es ese el sentido y el *para qué* del diagnóstico nietzscheano. Por eso y al contrario de lo que pudiese creerse, el hombre es lo que efectivamente le interesa a Nietzsche. Nietzsche ama profundamente al hombre y el ultrahombre es la promesa que expresa ese amor incondicional por el futuro del hombre.

Así, el ultrahombre es la máscara de la promesa y la exigencia de que ese hombre debe transformarse y mutar permanentemente. Es la promesa más política de Nietzsche. Promesa que no es ni utopía ni ideología, porque no propone orden ni seguridad, sino un llamado a la auto-transformación. Política, porque reconoce que esa transformación individual y común supone una lucha, un enfrentamiento, un “choque de espadas” con otros y consigo mismo.

Hoy, en medio de una pandemia que ha desnudado un sistema que siempre supimos global y vampírico, un modelo que apela a una libertad ficcionada, sin negatividad, tensión ni resistencia, sino solo expresión desmedida de un deseo artificial y que deja sin fuerzas a los ciudadanos del mundo, la promesa del ultrahombre se vuelve más necesaria que nunca. La actualidad del pensador intempestivo precisamente se juega en esta promesa. Ella

nos hace recordar que aun debemos enfrentarnos al hombre de la modernidad, de la acumulación y del capital, tal como lo denunció Nietzsche. Por eso, contra las malas lecturas que interpretan al ultrahombre de Nietzsche como ejemplo del hombre neoliberal y atlético, fascista y nacionalista, criminal y amoral, debemos seguir insistiendo en un Nietzsche que apela, bajo la máscara del ultrahombre, a la crítica, a la tensión y a la resistencia frente a lo impuesto. Y debemos hacernos cargo de la tarea de pensar cómo debe ser ese ultrahombre. Pues la promesa hecha al hombre por Nietzsche no posee definiciones ni contenidos. Esa tarea es política y filosófica, porque debe recuperar las fuerzas que la cultura occidental ha dejado en un segundo lugar: el cuerpo, la animalidad, la diferencia, la alteridad y los instintos, para que desde esa recuperación problemática pueda pensarse como nueva posibilidad de habitar la tierra. Por eso, en este nuevo aniversario de la muerte del filósofo que más ha impactado nuestra contemporaneidad, es necesario seguir insistiendo, con Nietzsche, en la transformación del hombre y su mundo, un mundo demasiado viejo y agotado.

## MASCARA DEL ULTRAHOMBRE 3

Virginia Cano  
Universidad de Buenos Aires  
virginiacano@hotmail.com

Nietzsche es un pensador terrible, abismático, peligroso, seductor, polémico, conmovedor. Es difícil atravesar su lectura sin que algo tambalee dentro nuestro. Nietzsche es, como dice mi queridísima maestra zaratus-treana Mónica Cragolini,<sup>1</sup> un pensador del temblor, del riesgo, portavoz de esos peligrosos quizás que sólo llegan cuando se está dispuestx a perder algo de sí, incluso a salir brutalmente heridx. Pues a eso nos arriesga la filosofía nietzscheana: a salir heridxs de muerte, y de vida.

Nietzsche ha destinado unos cuantos golpes de escritura a muchos de los ideales, valores y conceptos venerados por la tradición filosófica y la cultura de su época. Bajo sus cuchillas han sagrado los dioses, la “ciencia”, la “razón”, el “yo”, la “moral” y la religión; pero en el filo de su pensamiento también ha habido lugar para la invención de ficciones teóricas, de máscaras conceptuales, o incluso de “figuras especulativas”, para decirlo con Haraway.<sup>2</sup> Una de ellas, de estos “nudos de cuerdas” nietzscheanos, es la del “ultrahombre”, ese “más allá” de lo humano que invoca Zaratustra mientras clava su filo en uno de nuestros valores más preciados: la humanidad.

Luego de gozar diez años “con su espíritu y su soledad” en la montaña, Zaratustra regresa a los hombres, por amor, con un regalo, una enseñanza: “Yo os enseño el ultrahombre. El hombre es algo que debe ser superado.” Con esta sentencia Zarastrusta un anuncia el rayo, la demencia y el conjuro:

“El ultrahombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el ultrahombre el sentido de la tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes les hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no.”<sup>3</sup>

---

1. M. B. Cragolini, “Temblores del pensar: Nietzsche, Blanchot, Derrida” en: *Derrida, un pensador del resto*, Buenos Aires, La Cebra, 2007, pp. 121-136.

2. Ver. D. Haraway, *Seguir con el problema*, Trad. H. Torres, Buenos Aires, Consonni, 2019.

3. F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, trad. Andrés Sánchez Pascual, España, Altaya, 1997, “Prólogo”, p. 34. KSA IV, 14. Sánchez Pascual traduce el término “Übermensch” como “superhombre”, que he sustituido por “ultrahombre”.

Frente a los hombres, “animales enfermos” de transmundos y humanidad, Zaratustra invoca al ultrahombre y al sentido sentido de la tierra porque él es la afirmación de un más-allá-de-nosotrxs-mismxs y de nuestra singular manera de habitar el mundo. Es por esto también por lo que Zaratustra solo ama a los hombres que saben que no son una “meta”, sino más bien un “puente”, un ocaso, un pasaje hacia otro lado

Hace más de un siglo, Nietzsche nos desafiaba a pensar en el crepúsculo de la humanidad, a imaginar vidas y muertes más allá de los límites ontológicos, éticos y políticos humanos, demasiado humanos. La filosofía zaratus-treana practica una estética del desapego frente a lo humano, y nos propone un ejercicio de imaginación filosófica: poner en jaque una de las ficciones centrales y constitutivas de nuestros modos de pensar, de sentir, de hacer, de vivir y de morir otrxs. Para decirlo de otra manera, el ultrahombre es un llamado a correr el riesgo de dejar de ser quienes somos, a perder la vara de la “humanidad” con la que todo pretendemos medirlo, sin caer por ello en la afirmación sobreterrenal de un transmundo. Como escribe Anne Dufourmantelle: “Correr el riesgo de la inmanencia es rechazar cualquier transmundo, como decía Nietzsche, y apostarle solo al mundo de aquí, que no obstante rebasa infinitamente nuestra percepción.”<sup>4</sup>

Es esta inmanencia desbordante, la afirmación de una mirada frágil e injusta con todo lo que la rebasa, esta apertura a un aquí-múltiple, aquello que nos regala el ultrahombre. Para no ser meta, sino más bien pasaje, es necesario asumir y amar la precariedad del ojo que despliega nuestro pequeño rincón en la galaxia, y levantar la vista hacia todos esos otros mundos no-humanos, como lo hiciera Zaratustra con su serpiente, su águila y sus “extraño parentescos”.

Tal vez el ultrahombre sea nuestra más alta esperanza porque, como poetiza Susy Shock, “no queremos más ser esta humanidad”. Y para ello, hay que estar dispuestxs a arriesgarnos a ya no ser quienes somos, a ya no imaginar como imaginamos, a yo no desear como deseamos. He allí un don amargo, la enseñanza de Zaratustra: para pasar al otro lado, hay que amar nuestro ocaso y nuestro ardoroso crepitar.

---

4. A. Dufourmantelle, *Elogio del riesgo*, trad. S. Hazan, Buenos Aires, Nocturna editora/Paradiso editores, 2019, p. 62.

## MÁSCARA DEL ULTRAHOMBRE 4

Mónica B. Cragnolini  
Universidad de Buenos Aires-CONICET  
mcragnolini@gmail.com

Para pensar la problemática del *Übermensch*, más que hombre, otra cosa que hombre (y no super-hombre en el sentido de un humano empoderado), es necesario tener en cuenta el contexto de la crítica a la metafísica de la subjetividad que realiza Nietzsche, crítica paralela a la muerte de Dios como expresión de la descomposición de la metafísica. En *El crepúsculo de los ídolos*, en “La historia de un error” Nietzsche describe esa descomposición de la metafísica (el cadáver de Dios que empieza a oler mal, como señalaba su poeta amado, Heine) y remite tanto a la idea de lo divino o lo nouménico, como a sus sombras. Y el sujeto es una de esas sombras. En los párrafos 16 y 17 de *Más allá del bien y del mal*, con un *esprit de finesse* increíble, Nietzsche muestra que la crítica al sujeto ha de implicar tanto el “yo pienso”, como el “yo quiero”. En ambos casos, se trata del sujeto agente y de aquel que dice “yo pienso”, “yo quiero”, “yo puedo”.

Por eso el ultrahombre es posible de ser pensado, desde *Así habló Zaratustra*, como aquella promesa del porvenir, pero que no puede ser completada o imaginada en ninguna figura de lo humano. En estas épocas de pandemia no hemos dejado de pensar en el existente humano, en el modo en que ha devastado el planeta, en cuestiones relativas al poco respeto a las formas de vida diferentes o no asimilables a la propia. La pandemia nos hizo evidente algo que Nietzsche tenía muy claro: que el hombre es la enfermedad de la piel de la tierra, como señala en *Así habló Zaratustra*, y que esa enfermedad se vincula con el modo en que el existente humano se ha apoderado del mundo, diciendo “yo, yo, yo”. Pequenísimo *Ich* que en “De los despreciadores del cuerpo” queda un paso atrás con respecto al cuerpo y al *Es denkt*, ello piensa, que se explicita en *Más allá del bien y del mal*.

También en *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche distingue la figura del filósofo que todavía puede considerar que algunos de sus pensamientos remiten a un fondo verdadero, de la figura del eremita, que es el que sabe que detrás de toda máscara hay otra máscara.

El eremita es quien reconoce que detrás de cada caverna hay otra caverna, que existe “un abismo detrás de cada fondo, detrás de cada

‘fundamentación’<sup>1</sup>. Esto significa que toda posible fundamentación se realiza sobre el abismo de la desfundamentación, y por lo tanto es una máscara, pero no una máscara de un “real” ahora abismal, sino una máscara de nada, una máscara sin rostro. La idea de máscara dispersa toda posibilidad de conservación última de sí: hace patente que no hay un rostro último.

Por ello “Los más preocupados hoy se preguntan: “¿cómo conservar al hombre?” Pero Zarathustra se pregunta, como el único y el primero: “¿cómo superar al hombre?” (...) Oh hermanos míos, lo que puedo amar del hombre es que él es un tránsito y un ocaso”.<sup>2</sup>

Es decir, si lo que se puede amar del hombre es que es tránsito y ocaso, entonces, de esa enfermedad de la piel de la tierra sólo se ama lo que deja de ser hombre, lo que no se conserva de “humanidad”. De allí el desasimiento (*Loslösung*) que no se adhiere a nada, ni siquiera al propio desasimiento y la virtud que hace regalos, o virtud que se da (*schekenden Tugend*). Estos son dos modos no atributivos, sino paradójicos, de ese otro modo de ser que es el ultrahombre. ¿Por qué paradójicos? Porque indican modos de la pérdida frente a la lógica atributiva de la metafísica occidental que pide la conservación de sí. Por ello Zarathustra es el maestro de las despedidas, del “decir adiós” a todo intento conservador de una supuesta doctrina. El perspectivismo es, en parte, una metódica filosófica de la despedida.

En las líneas finales de *El archipiélago*, Massimo Cacciari señala “ningún pensamiento, ningún arte podrán decir al ultrahombre”<sup>3</sup>. Podemos dar rodeos en torno a ese otro modo de ser, y por ello podemos pensarlo como algo “más allá” de la figura del hombre del mercado, el último hombre, el que dice “todo para mí”, y que en esta pandemia se nos ha revelado desde el modo apropiador, extractivista, aniquilador de las formas de vida que se realiza en el biocapitalismo. A ese modo de ser, ojalá que podamos darle la despedida, tanto como a los hombres superiores de la cuarta parte de Zarathustra. Allí, al final de la obra, el signo del ultrahombre lo constituyen el león que ríe y la bandada de palomas: ese momento en que arriban los pájaros “innumerables”, que con sus aleteos caen como “una nube de amor”<sup>4</sup> sobre Zarathustra, quien siente que su mano se posa sobre la cabeza de un león. Y el león, del

---

1. F. Nietzsche, *JGB*, § 289, *KSA V*, 234: “ein Abgrund hinter jedem Grunde, unter jeder „Begründung””.

2. F. Nietzsche, *Za*, “Vom höheren Menschen”, § 3, *KSA IV*, 357.

3. M. Cacciari, *El archipiélago. Figuras del otro en Occidente*, trad. M. B. Cragnolini, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.

4. F. Nietzsche, *KSA IV*, 406.

mismo modo que las palomas, le da muestras de un amor que impulsa a Zarathustra a decir que sus hijos están cerca. En esa “nube de amor” que irrumpe está, según mi parecer, alguna de las palabras que podrían decir algo, o indicar algo, o señalar algo del ultrahombre.



# NIETZSCHE, ENGAÑO Y SPOILER ALERT<sup>1</sup>

Mariano Dorr  
Universidad Nacional de las Artes  
dorrmariano@gmail.com

En julio de 1972 se realizó un coloquio dedicado al pensamiento de Nietzsche en el castillo y Centro Cultural Internacional de Cerisy-la-Salle, donde la pregunta *¿Nietzsche hoy?*, funcionó como disparador para las exposiciones y conferencias. Allí se reunieron –entre otros– Pierre Klossowski, François Lyotard, Gilles Deleuze, y Jacques Derrida a discutir una obra, sus derivas y la imposibilidad de generar una “escuela nietzscheana”, una “burocracia” en los términos en que sí se generó, por ejemplo, en torno a los nombres de Marx y Freud. Y esta imposibilidad podría tener que ver –ensayaron en aquel memorable encuentro– con el *estilo*, con la escritura de Nietzsche, que no solo rechaza la creación de escuelas sino que incluso invita a su abandono, a la errancia, al nomadismo.

Derrida fue uno de los primeros en intervenir; lo hizo mediante una larga conferencia anunciada como “La cuestión del estilo”, aunque luego fuera publicada como *Espolones. Los estilos de Nietzsche*. La apertura de la conferencia es una cita de una carta de Nietzsche a Malwida von Meysenburg en donde se menciona “una visita señorial –¡Aquí en Basilea! La visita en sí, Wagner y su mujer”. Se trata de una cita cargada de doble sentido. Nietzsche escribe allí sobre un supuesto “paquete” o “sobre” que le habría enviado a von Meysenburg, “paquete” que nunca sabremos –dice Derrida– lo que realmente nombra entre ellos. Luego se menciona el silencio sepulcral o de tumba en que se encuentra Nietzsche desde cierto tiempo, y recuerda un encuentro entre ellos en Basilea. Recién después, aparece “la visita en sí”: Wagner y su mujer, Cósima. En aquellos días comenzaba un romance entre Derrida y Sylviane Agacinski, con quien mantendría una relación durante muchos años. Permítaseme escribir aquí en nombre propio; repito entonces el gesto de Baudelaire en su texto sobre *Tannhäuser* en París. En una ocasión, en un seminario sobre el pensamiento de Derrida, la Dra. Mónica B. Cragolini –la mujer que me lo enseñó todo en lo que respecta a Nietzsche y Derrida– mencionó la relación amorosa entre Derrida y Agacinski, de la que yo entonces no sabía nada. Mi sorpresa fue enorme: me

---

1. Fragmento de “La herida Wagner”, adelanto del segundo capítulo de *Nietzsche y la literatura*, ensayo literario de próxima aparición.

costó comprender la elección de Derrida, que, estando unido en matrimonio con Marguerite Aucouturier, desplegara una relación extramatrimonial, incluyendo algunas de sus cartas de amor en uno de sus libros, *La tarjeta postal*. Cragnolini dio lugar a una sorpresa de segundo orden, ella tampoco esperaba que la revelación sobre los amores de Derrida me llevaran al terreno del escándalo. Esto la hizo reír, mientras yo permanecía consternado. Reaccioné como si el engaño, la simulación, incluso la seducción en Derrida no fueran algo esperable. Era cierto que podía ser algo probable; ahora, sin embargo, como diría Nietzsche, era algo *probado*. ¿Acaso el mismo Derrida podía estar engañado con respecto a eso? Según varios allegados, Sylviane Agacinski conserva alrededor de mil cartas de Jacques Derrida. Marguerite Aucouturier acaba de morir en París, en marzo de 2020. En aquel coloquio sobre Nietzsche, Derrida anuncia que su tema será “la mujer”. Y cuando cita la carta a von Meysenburg, recuerda que es un escrito de 1872, y escribe entre paréntesis “Nacimiento de la tragedia”. El encuentro en Cerisy-la-Salle se daba, en efecto, a cien años de la publicación del libro sobre la tragedia y su renacimiento en la música de Wagner. La conferencia de Derrida hace hincapié en dos cuestiones: la errancia y la mujer. Tanto la errancia como la mujer serán además formas de caracterizar a la verdad como tal. Es Nietzsche quien escribió —en *Más allá del bien y del mal*— que la verdad es una mujer y que los filósofos no saben nada de mujeres y por lo tanto tampoco saben nada sobre la verdad. En la deriva, en la errancia derridiana, esto conduce a que no hay una verdad de la mujer ni una mujer de verdad. No hay una esencia de la mujer ni una esencia de lo verdadero, y esto implica al mismo tiempo que no hay una verdad en el texto de Nietzsche: “No hay una mujer, una verdad en sí de la mujer en sí, eso dice al menos la tipología tan variada, la multitud de madres, hijas, hermanas, solteras, esposas, gobernantas, prostitutas, vírgenes, abuelas, niñas pequeñas y grandes de su obra. Por esta misma razón, no hay una verdad de Nietzsche o del texto de Nietzsche”. La obra de Nietzsche, entonces, “estructuralmente emancipada de todo querer-decir vivo, siempre puede no querer-decir nada, no tener ningún sentido decidible, jugar paradójicamente al sentido, deportarse por injerto, sin fin, fuera de todo cuerpo contextual o de todo código finito”. Qué quiso decir Nietzsche... nunca lo sabremos. Pero esta impotencia es fundamental en el modo mismo en que Derrida (con Nietzsche) entiende el problema mismo del sentido, de la verdad, del sentido de la verdad y del querer decir. Hay una estructura del simulacro que no permite fijar el sentido sin ejercer una violencia sobre el texto (una violencia inédita precisamente). ¿Qué le importa la verdad a la verdad? En esta pregunta se encierra la cuestión de la mujer y de la verdad en el *corpus* nietzscheano. A la verdad no puede interesarle la verdad más que como un juego de seducción, una estrategia, una apropiación de las máscaras,

un maquillaje, un adorno. En este sentido la búsqueda, el estudio de las interpretaciones, queda inmerso en el camarín, en el tocador, frente a un espejo, no terminando nunca de prepararse para una cita. No hay verdad de la mujer ni mujer de la verdad, porque ella es la verdad misma, una verdad que es asimismo mentira, arte, simulación, *acting*.

La verdad es o está en el estilo. Tener estilo para hacer una determinada cosa, tener estilo en la literatura, en la escritura, practicar distintos estilos. Pero también, poder ejercer una presión con un objeto punzante. “Una pluma”, dirá Derrida, pero también “un estilete” o “un puñal”. Y a partir de esta idea del “estilo” aparece la noción de “espolón”, por ejemplo el espolón “de un velero”, escribe Derrida, “ese saliente que en la parte exterior hiende la superficie adversa”. En su único libro estrictamente dedicado a Nietzsche, Derrida escribe sobre el espolón “incluso, siempre en términos marinos, esa punta rocosa llamada también espolón, que rompe las olas a la entrada de un puerto”. Esta punta rocosa es también la del “Loreley” de Heine. Derrida escribe que en la etimología de “espolón” está también “*spurn*”, un término usado por Mallarmé para “despreciar, repudiar, rechazar con desprecio”. El “*Spur*” alemán es una “traza, estela, indicio, marca”, dice Derrida. El paso del velero o del barco deja una estela en el agua. El espolón es ese objeto alargado sobre la proa de algunas embarcaciones. La cabeza y el cuello del cisne funciona como espolón de la embarcación del caballero de *Lohengrin*. El Holandés Errante –el buque fantasma– también tiene su espolón. Es una punta que desgarrar aquello con lo que se encuentra: es una amenaza. “Desde que un viento se me opuso, con todo viento navego”, dice Nietzsche al comienzo de *La Gaya Ciencia*. Las olas son rechazadas por las piedras, los espolones. El viento hace bramidos, como un toro. Nietzsche escribe sobre esto en un párrafo de *La Gaya Ciencia* que lleva el título de “Las mujeres y su acción a distancia”. Aquí aparece también un barco fantasma: “¿Tengo aún oídos? ¿Soy sólo oído y nada más? Aquí estoy en medio del ardor de la rompiente, cuyas blancas llamas se levantan hasta lamer mis pies: — de todas partes vienen hacia mí aullidos, amenazas, gritos, estridencias, mientras que en la profundidad más profunda el viejo agitador de la tierra canta su aria, ronco como un toro que brama: y al mismo tiempo marca un ritmo de agitador de la tierra que hace que incluso a estas monstruosas rocas templadas en las tormentas les tiemble el corazón en el cuerpo. Entonces, de pronto, como nacido de la nada, aparece ante el portal de este infernal laberinto, a pocas brazas de distancia, — un gran velero, desliziándose en silencio como un fantasma. ¡Oh, esa belleza espectral! ¡Con qué encantamiento me atrapa! ¿Cómo? ¿Se ha embarcado aquí toda la calma y el silencio del mundo? ¿Está acaso mi propia felicidad en ese sitio silencioso, mi yo más feliz, un segundo mí mismo eternizado? ¿No estar muerto y sin embargo tampoco ya vivo? ¿Como un ser intermedio espectral,

silencioso, contemplativo, que flota y se desliza? ¡Igual que el barco que con sus blancas velas corre por encima del mar oscuro como una enorme mariposa! ¡Sí, correr por encima de la existencia! ¡Eso es! ¡Eso sería! — — ¿Parece que el ruido que hay aquí me ha vuelto fantasioso? Todo gran ruido hace que pongamos la felicidad en el silencio y la lejanía. Cuando un hombre está en el medio de su ruido, en el medio de su rompiente de lances y proyectos: entonces también ve pasar seres silenciosos y encantadores que se deslizan ante él y anhela su felicidad y su recogimiento, — son las mujeres. Casi cree que allí, junto a las mujeres habita su mejor yo: en esos sitios silenciosos hasta la más sonora rompiente se convertiría en un silencio sepulcral y la vida misma en sueño sobre la vida. ¡Sin embargo! ¡Sin embargo! ¡Mi noble soñador, también en los más bellos veleros hay tanto estrépito y ruido, y desgraciadamente tanto ruido pequeño y lamentable! El encanto y el efecto más potente que ejercen las mujeres es, para hablar la lengua de los filósofos, un efecto en la lejanía, un *actio in distans*: pero para ello se necesita, primero y sobre todo — ¡distancia!”. La seducción de la mujer opera a distancia, a lo lejos. En la distancia se juega su poder, su canto, su encanto. La verdad, la mujer es una operación de toma de distancia. Es la distancia que se aleja, como un buque fantasma. Lo que se revela en ella es que no hay nada que develar sino un distanciamiento. Espolón, espolear: *spoiler*, revelar, contar, cantar antes de tiempo. ¿Qué es tener estilo? ¿Qué es tener oído para la verdad? El espolón mantiene a cierta distancia las olas, las rechaza, como el espigón. La escritura, el estilo, es una forma de tomar distancia de la verdad, y al mismo tiempo una revelación. Por eso se habla también de “libro de las revelaciones”. Nietzsche es el gran *spoileador* de la historia de la filosofía. Nos viene a cantar, a contar el final. Nos dice: *Al final, no hay ni mundo verdadero ni mundo aparente... Dios ha muerto*. La verdad misma es una ficción. Pero, si la verdad es una ficción... ¿cuál es ese relato que Nietzsche *spoilea*? La verdad misma como estructura a la base del pensamiento y del orden de lo real. *Spoilear* es quitar el velo, correr las telas, las velas que se enarbolan, desplegar una defensa, abrir el paraguas antes de una tormenta.